



Revista de Fomento Social, 53 (1998), 525-539

Argelia, de la independencia a la crisis

Nos apunta el autor de este estudio que «las muertes, las matanzas, el horror y la desesperanza de las gentes de Argelia requiere de nosotros, al menos, una atención más objetiva, que no se limite al desprecio y la incomprensión», ya que si no «cuando queramos reaccionar podemos tener instalado el horror en nuestras ciudades, pueblos y campos, (...) no por invasión sarracena, sino porque el horror de la sinrazón es el mismo entre musulmanes, cristianos, budistas y hasta ateos». Este artículo pretende precisamente eso: darnos una visión más objetiva de lo que está aconteciendo en la Argelia actual, y para ello se realiza un breve análisis de la situación político-social de este país desde su independencia hasta el día de hoy.

Juan C. GAY ARMENTEROS (*)

(*) Catedrático de Historia Contemporánea de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada.

Un nuevo estado

El fin del imperialismo fue problemático en Argelia (seguramente lo ha sido siempre); en julio de 1962 el Gobierno Provisional de la República de Argelia recibía un país sin tradición estatal y destrozado por una larga guerra, que tuvo mucho de guerra civil: población desplazada por los últimos años de la contienda, ausencia de administración, regreso de numerosos exiliados y de los combatientes, huida de los *pieds-noirs*, que paralizó las explotaciones agrarias e industriales más productivas. Y además de estas dificultades propias del final del imperialismo francés, otros elementos políticos, que desde un primer momento hay que recordar y tener en cuenta, porque después de casi cuarenta años, políticamente hablando, Argelia sigue padeciendo algunos síndromes; agravados, es cierto, por el desarrollo de nuevos elementos. El principal elemento a tener en cuenta será la debilidad política derivada de la pugna por hacerse con el poder entre el Gobierno Provisional de la República, encabezado por Ben Jedda, y el Frente de Liberación Nacional (FLM), liderado por Ben Bella (procedente del sector militar), que naturalmente recibió el apoyo del Ejército de Liberación Nacional del coronel Houari Boumedien. Después de un corto periodo de enfrentamientos entre partidarios y adversarios de Ben Bella, entre civiles y militares en las distintas wilayas (provincias o departamentos), se logró un alto el fuego y el triunfo de las tesis del FLN y el predominio de Ben Bella, presidente del país desde finales de septiembre de 1962, y que fue refrendado un año más tarde con casi seis millones de votos.

El nuevo estado se basaba en la Constitución de septiembre de 1962, que establecía un régimen de partido único, y otorgaba unos enormes poderes al presidente. Desde luego era un sistema autoritario, que provocó no sólo un ajuste de cuentas entre los propios luchadores por la independencia (salida al exilio de Ben Jedda, Ferhat Abbas, Belkacem Krim, etc), sino purgas entre los harkis (musulmanes profranceses) y casi 2000 desaparecidos entre los europeos que aún no se habían marchado. Además, el control del partido único (FLN) quedaba garantizado por el hecho de que todos los candidatos a la Asamblea Nacional debían ser propuestos por el citado partido. No sólo fue un régimen de partido único, sino que además se eligió la vía del socialismo estatal, tal y como se concebía en el bloque del Este (con algunas modificaciones del modelo yugoeslavo: la autogestión), como la mejor vía para el desarrollo: reforma agra-

ria, nacionalizaciones, independencia total respecto a las empresas extranjeras, necesidad de extender una educación política e ideológica (crear un pensamiento socialista), papel vanguardista del FLN, edificación de una sociedad socialista y afirmación de la identidad árabe–islámica del pueblo argelino, con olvido del elemento bereber.

Sin embargo, a pesar de tan sólidos principios y de las apariencias durante tanto tiempo mantenidas, Argelia parece uno de los casos más débiles de estructuras políticas en todo el Magreb, pues se rompió el consenso básico fraguado en la lucha por la independencia estableciéndose importantes diferencias, sin duda, con Marruecos y Túnez. A pesar de los apoyos recibidos, Ben Bella se encontró, junto con problemas económicos de hondo calado, sobre todo con problemas políticos que eran la expresión de lo que acabamos de indicar: disidencias internas graves, como la del coronel Chaabani en el Aurés, o la de Ait Ahmed, que había fundado el Frente de Fuerzas Socialistas (FFS) y oposición del Partido de la Revolución Socialista de M. Boudiaf. Añadamos problemas y choques fronterizos con Marruecos, etc. Ben Bella evolucionó hacia un auténtico poder dictatorial en octubre de 1963 (prohibición de los partidos y suspensión de la Constitución).

La situación económica era la herencia del período colonial: producción esencialmente de materias primas y productos agrícolas, que alcanzaban el 98% de la exportación. En contrapartida, los productos manufacturados y de consumo representaban el 76% de las importaciones.

Demasiados problemas para un sistema revolucionario de inspiración nasserista, que rechazaba oficialmente el marxismo y el sistema comunista, pero que creía en la capacidad organizativa y revolucionaria del partido único y que en sintonía con Franz Fanon preconizaba un socialismo de base campesina, que reconocía un importante papel al islam, declarado religión del estado, que quería impulsar la arabización de la enseñanza y de la cultura, pero que fue incapaz de dar respuesta, más allá de la retórica de los discursos y el romanticismo revolucionario de Ben Bella, a los problemas planteados.

La era de Boumedien

19 de junio de 1965, Houari Boumedien al frente de un autodenominado Consejo de la Revolución, que se consideró, junto con el FLN, como los únicos

auténticos herederos del proceso revolucionario, que siguió el proceso de restricciones iniciado con la independencia, se hace cargo del poder. Ben Bella permaneció arrestado hasta 1980.

Se intentó establecer un modelo soviético: orden en el país y economía moderna, a través de un acercamiento a la URSS. La planificación sustituyó a la autogestión. Se dio prioridad de un determinado modelo industrial frente a la agricultura: entre 1967 y 1977 el 62% de las inversiones se destinaron a la industria, el 6% a la agricultura y el 32% a otras necesidades del estado. Se pondrá el acento, de acuerdo con el modelo soviético, en lo que Benissad o Balta han denominado las «industrias industrializantes», que se pensaban eran indispensables para potenciar un desarrollo económico independiente: siderurgia, industrias mecánicas, química y petroquímica, etc. Se nacionalizó la producción de los recursos naturales, y se procedió a mejorar la escolarización y la cualificación técnica de los trabajadores (probablemente aquí nos encontremos con los mejores resultados de la etapa de Boumedien). Políticamente se tenderá a potenciar aún más el sistema de partido único, así como al monopolio del poder por parte del gobierno. Respecto a la política internacional, la Argelia de Boumedien se convirtió en un auténtico líder del sector más duro de los no Alineados, pero claramente escorado hacia el Este, potenciando la ayuda de todo tipo a los movimientos revolucionarios o terroristas de casi todo el mundo, desde los Panteras Negras de EEUU hasta la ETA.

A partir de 1975, se iniciaron las dificultades del «modelo soviético», que se quieren paliar con una culminación de reforma institucional: Constitución de 1976, que contenía pocas novedades respecto a lo anterior (sigue el control del FLN, etc.), si hay que destacar alguna cuestión es algo que estaba implícito desde la independencia, el papel preponderante del ejército, ahora definido explícitamente como «instrumento de desarrollo». Boumedien fue elegido presidente en diciembre de 1976. Dos años después moriría.

El balance de la etapa Boumedien no es demasiado bueno y buena parte de los lodos actuales proceden de aquellos polvos. La opción por un modelo de industrialismo, ya comentado, significó dejar un tanto marginada a la agricultura, que a pesar de su crecimiento productivo en esa década, no fue suficiente para garantizar el alimento de la población (el crecimiento de la importación de cereales fue continuo: de los 10 millones de quintales de 1972 se pasó a más de 23 en 1978, a unos precios cada vez más elevados). Por otra parte la evolución

de las exportaciones no mostraron cambios sustanciales de lo que era la estructura tradicional de las exportaciones, basadas en el predominio de los hidrocarburos: el 96% del total de la exportaciones entre 1974 y 1977.

La crisis del modelo de estado y social

En enero de 1979, la presidencia pasó a otro militar: el coronel Chadli Benyedid, que se convirtió en el albacea de los graves problemas estructurales de la economía y la sociedad: fuerte dependencia financiera y tecnológica del exterior, fuerte caída de la cobertura alimenticia, escalada de los precios. El crecimiento demográfico, que desde la independencia se había duplicado, fue espectacular en la población urbana lo que produjo graves restricciones de agua, falta de viviendas, escasez de infraestructuras, falta de escolarización, problemas de transportes, etc., así como un grave desarraigo social: Argel, una hermosa ciudad del Mediterráneo, se transforma en una metrópoli del Tercer Mundo. Otro fenómeno importante fue la agitación social: la década de los ochenta está llena de protesta «del pan», de huelgas de estudiantes y de agitación en la Cabília.

Se plantea un cierto programa reformista: plan quinquenal económico (1980-85), ciertas medidas liberalizadoras en lo político (el gesto, por ejemplo, de liberar a Ben Bella), pero el sistema seguía siendo de partido único, sin legalizar a la oposición, que incluía a los socialistas de Ait Ahmed y a los islamistas. Además, el tibio reformismo de Benyedid se vió obstaculizado por la auténtica casta de los dirigentes del FLN, que vieron peligrar su hegemonía y predominio político-económico; esto nos recuerda el caso del PRI mexicano. Los años ochenta presentan una caída en picado de un modelo económico insostenible, que se vió agravado aún más por el descenso de los precios del crudo, elemento fundamental en la economía argelina. La única salida era liberalizar el sistema en lo económico y en lo político, reconociendo, por ejemplo, la aportación bereber en el país, etc. Pero como suele ocurrir en sistemas de escasos controles democráticos, la liberalización favoreció la especulación, el contrabando, el mercado negro, etc., de modo que no se consiguió la reactivación económica.

El 1988 fue un año crucial de protesta social y política, sobre todo durante el mes de octubre, con una presencia activa de los islamistas en el barrio de Bad el Oued. Hubo que declarar el estado de sitio, con un balance de más de 600 muertos.

Todo esto forzó la apertura real del sistema: nueva Constitución (febrero de 1989), que pretendía una transición a la democracia. Se establece la responsabilidad política ante la Asamblea Nacional; Argelia deja de ser un país socialista y revolucionario; renuncia al sistema de partido único y el ejército pierde en teoría su papel predominante en la política; se empiezan a reconocer «asociaciones políticas», pero no el multipartidismo todavía, y en poco tiempo, a pesar de las cortapisas, empiezan a aflorar grupos políticos: Frente de Fuerzas Socialistas (Ait Ahmed), Movimiento Democrático Argelino (Ben Bella) (ambos vuelven del exilio en 1989 y 1990 respectivamente), el Frente Islámico de Salvación, el Reagrupamiento por la Cultura y la Democracia (berberista de Sai Said) y el Partido de Vanguardia Socialista (comunistas).

Pero la crisis económica era extraordinaria: la deuda exterior no cesaba de aumentar; la inflación era galopante; la dependencia alimenticia en muchos productos era prácticamente total. Además el FLM sufrió una crisis política que lo dejó totalmente dividido. A comienzos de los noventa Chadli Benyedid se encontraba totalmente solo. El sistema definitivamente había dejado de funcionar. La deslegitimación del gobierno era total. Se produce un avance del islamismo: victoria del FIS en las elecciones municipales de 1990, lo que representó el triunfo de la dialéctica de la violencia desde el poder. El proceso se acelera durante las elecciones generales a finales de 1991: primera vuelta, 188 escaños para el FIS, 25 para los socialistas, 16 para el FLN y 3 para los independientes. Ya sabemos que no hubo segunda vuelta; Chadli dimitió en enero de 1992 y de nuevo el ejército adquiere un fuerte protagonismo: se crea el Alto Comité del Estado, que sirvió de cobertura para el golpe de Estado. La figura de Mohamed Boudiaf le dará una cierta legitimidad histórica. Se inicio un doble proceso: represión contra el FIS, por lo que se crearon campos de concentración en el Sahara y depuración de la corrupción de los viejos cuadros del ejército y el FLN. De ahí la oscuridad del atentado que acabó con la vida de Boudiaf en junio de 1992 y de los intentos de diálogo marcados por el ejército en una situación dramática.

La cuestión en la actualidad

Las elecciones legislativas celebradas el 5 de junio de 1997 pretendían culminar una restauración parlamentaria, que empezó con los comicios presidenciales

de noviembre de 1995 (elección de Zerual) y la reforma constitucional que le siguió justo un año después (noviembre de 1996). De acuerdo con el discurso oficial, dicho proceso deberá permitir dar un paso importante en la resolución de la crisis que vive el país y poner fin al terrorismo «residual» en que vive la sociedad argelina.

Pero este discurso no es creíble. En realidad, cada vez más, se piensa que los comicios responden, sobre todo, a una estrategia de supervivencia del régimen militar, que evita afrontar las verdaderas causas de la crisis con respuestas políticas efectivas, entre otras razones porque ello significaría aceptar una transición democrática basada en el consenso y la aceptación de la alternancia, en contra de cuyos principios se dió un golpe de estado en enero de 1992. La amenaza de perpetuación de la crisis es evidente.

Nos encontramos con un régimen de apariencias, sobre todo de apariencias de pluralismo político, pero también con importantes apoyos exteriores: el 4 de marzo de 1997 Argelia y la Unión Europea abrieron negociaciones sobre el Acuerdo de Libre Comercio, que debería aportar un buen flujo financiero al país. El artículo 2 de este Acuerdo establece que las relaciones entre las partes deberán basarse en el «respeto de los derechos humanos y los principios democráticos», si bien se establecen cautelas por motivos de seguridad nacional y mantenimiento de la ley y el orden. De modo que esto presiona igualmente al régimen argelino a incrementar las apariencias de pluralismo democrático, pero paradójicamente le apuntala con los flujos de dinero y comercio exterior. Del mismo modo, aquellos que antaño se beneficiaron del proyecto de modelo socialista, son los que también se apropian hoy en día de los resultados de la liberalización económica. Pero la mayoría de la población está al margen de esto. Los relativos avances de los índices macroeconómicos contrastan con el grave deterioro de la situación de la mayoría de los argelinos.

Los elevados flujos financieros aportados por el Fondo Monetario Internacional, que han llegado a 14.000 millones de dólares entre 1994 y 1996, y que se elevarán a más de 20.000 millones de dólares en 1998, están sirviendo para cubrir un enorme déficit, importación de bienes de consumo (10.000 millones de dólares en 1995–96), pero también para pagar la guerra (el sector de la seguridad aumentó su presupuesto en 1995 un 150%). No están sirviendo ni para educación, sanidad, vivienda o inversión en empresas: de las 450 empresas públicas existentes, 400 son deficitarias y de las ochenta sacadas a la venta

ninguna ha sido comprada, dado el clima que existe en el país. La mendicidad (femenina) y el paro crecen de forma desorbitada (más del 35% de paro sobre la población activa, según cifras relativamente seguras), en tanto que las únicas reformas económicas puestas en marcha, de acuerdo con las recetas del FMI son aquellas que infligen grandes penalidades a la población: ajuste de precios, congelación de los salarios, disolución de empresas públicas y despidos en masa. El endeudamiento de Argelia ha crecido de forma impresionante superando en 1996 los 36.000 millones de dólares.

La situación de desamparo de muchas gentes se ha acrecentado no sólo por la pérdida de prestaciones por parte de un estado empobrecido, sino también por la desaparición, junto con el Frente Islámico de Salvación, de muchas asociaciones de solidaridad y caridad islámicas.

De acuerdo con esta situación es lógico preguntarse si Argelia no está al borde de una explosión social, que podría romper el régimen, como no lo ha logrado el terrorismo. La existencia de mecanismos de mantenimiento del statu quo es lo que tal vez impida esto: el régimen utiliza parte del caudal financiero disponible para invertir en sectores sociales clave –en tanto la mayoría de la población se encuentra paralizada por el terror–: los funcionarios han sido los únicos beneficiarios de un aumento salarial de más del 10% a fin de asegurarse su fidelidad; se están creando puestos de trabajo improductivos para intentar absorber parte de la juventud tentada de unirse al maquis; la liberalización del comercio desde 1994 ha hecho aflorar negocios de importación y exportación, especulativos muchas veces, que favorecen sobre todo a la burguesía urbana, que antaño financió al FIS. Añadamos la financiación, a partir de 1995, de una milicia civil de más de 80.000 personas para realizar operaciones contra el maquis islamista lo que crea una gran confusión en muchas matanzas rurales. Esto ha incitado la concentración de los combatientes islamistas en las grandes ciudades y en la región de la Mitidja, lo que explica el crecimiento de la violencia en los alrededores de Argel y el uso de atentados con coches-bomba. Todo esto está incrementando todavía más la militarización del régimen (creación de unidades especiales, etc). La constante de la militarización desde la independencia de Argelia, es una losa política difícil de superar.

Los grupos políticos

Naturalmente los comicios de junio de 1997 tenían el objetivo de borrar lo que ocurrió en diciembre de 1991, pero la última reforma constitucional (1996) ha anulado buena parte de las características de un régimen parlamentario. Además, se ha debilitado a la oposición y se ha hecho desaparecer al FIS.

Buena parte de la oposición argelina se reagrupó en la denominada Plataforma de Roma de 1995, que reunía al FIS y otros partidos y representantes no islamistas, que fue un desafío para el régimen, ya que ponía de manifiesto la existencia de grupos y fuerzas que no se acomodaban al diseño de las estructuras oficiales. Pero también desde 1995 las fuerzas políticas se definieron con más precisión sobre lo que estaba pasando en el país.

De un lado, estaba el poder en torno al cual se agrupa la denominada «familia revolucionaria», sustrato político-ideológico que siempre ha dominado la política argelina; es el grupo que se considera heredero de la legitimidad histórica, heredero de la generación de la independencia (asociación de ex-combatientes, veteranos del Ejército, sindicato del antiguo partido único, etc). Todo este sector se agrupaba antes en el Frente de Liberación Nacional, y en la actualidad se encuentra repartido entre el mismo FLN y el Reagrupamiento Nacional Democrático (RND), partido creado el mes de marzo de 1997 a fin de «renovar» la imagen del partido del presidente Zerual y del gobierno, para borrar la imagen de fracaso unida al FLN. Pero, al fin y al cabo este RND no es sino una plataforma electoral del propio gobierno, que con apenas tres meses de existencia acaparó más del 40% de los escaños parlamentarios en las elecciones de junio de 1997. Es decir, el poder vuelve a reproducir, en cierto sentido, los viejos esquemas del FLN.

El FLN es la mejor expresión de la fragmentación del clan que ha caracterizado desde siempre al sistema político argelino. Desde 1992 ha experimentado cambios: en los momentos del golpe, el partido estaba dominado por el sector reformador, cuyo líderes más significativos eran Mulud Hamruche y Abdelhamid Mehri, próximos al dimitido Benyedid y opuestos a la interrupción electoral. Esto llevó al FLN, por primera vez en su historia, a apartarse del gobierno y mantener una posición crítica, que desembocó en la firma de la plataforma de Roma. Pero el «gubernamentalismo» del FLN le afectará inevitablemente: en enero de 1996 Mehri y Hamruche fueron sustituidos por Bualem Benhamuda,

que reintegra al partido a su tradicional fidelidad gubernamental. Además, la creación del RND ha supuesto el transfugismo de muchos miembros del FLN. Esto, unido al desgaste de 30 años de poder autoritario, le ha hecho perder terreno, pero la vuelta al «redil» le ha garantizado el 16,8% de los escaños en las elecciones de junio de 1997.

Junto a este grupo político, del poder o cercano al poder, existe otro polo constituido por fuerzas políticas heterogéneas, que no cuestionan al régimen, constituyendo una oposición que siempre ha aceptado el marco del diálogo propuesto por el régimen dentro de las reglas de juego marcadas por el poder. Se trata fundamentalmente de dos partidos: el Reagrupamiento por la Cultura y la Democracia (RCD) y Hamas. El primero es un partido claramente anti-islamista, con alguna base bereber, y su dirigente es Saad Saadi, y junto con el partido comunista argelino Ettehadi, apoyó y pidió explícitamente al ejército el golpe de estado de 1992. Es un partido laico, lo que le ha facilitado bastante propaganda en Europa, mucha más que en la propia Argelia (¿apenas un 3% del electorado?). Para algunos estudiosos, en Europa se ha apoyado a este partido en la creencia de que son democráticos porque son laicos.

El caso de Hamas es distinto. Cuando el FIS existía como partido legal, Hamas tenía una base social bastante estrecha (apenas el 5 % del electorado en 1991). Su líder actual es Mahfuz Nahnah que busca beneficiarse de la ausencia del FIS. Se trata de un partido islámico, que no es políticamente constestatorio y que acepta lo que le ofrece el régimen, en un acuerdo común para neutralizar definitivamente todo lo que representó el FIS. Se trata de un sucedáneo del FIS desde su nacimiento, propiciado desde el poder, en 1990, en que nació el Movimiento a favor de la Sociedad Islámica (Hamas), teniendo como base una asociación cultural que propiciaba la progresiva islamización de la sociedad, pero sin tener metas de participación activa.

El papel político de Nahnah, tras unos comienzos más subversivos que le llevaron a la cárcel, ha sido el de un fundamentalismo de «oposición constructiva», cuando no de compromiso con el propio poder, desde que en 1981 fue liberado de la cárcel por Benyedid, disociándose de sus colegas Madani, Sahnun, Benhadj, y negándose a formar parte de la fundación del FIS. Las tensiones entre Nahnah y Abbasi Madani han sido constantes desde 1989 y 1990, cuando Nahnah negó el apoyo al FIS en las municipales de 1990.

Hamas cuenta con una doctrina islámica más profunda y elaborada que los

esquematismos populistas del FIS, pero su acomodación con el poder le ha deslegitimado bastante como oposición, cosa contraria a lo ocurrido con el FIS. Nahnah ha argumentado, probablemente con razón, que existen dos tipos de ulemas: los tradicionales, que se erigen en conciencia de la comunidad musulmana ante el gobernante, sin privilegiar la cuestión del poder político, y el que reclama el ejercicio directo del poder. Desde luego, Hamas se ubicaría entre los primeros (los únicos aceptables por el régimen), y el FIS entre los segundos. Sin embargo, el mensaje que el FIS supo transmitir, pero no Hamas, fue que la cuestión estriba en que existe un enorme rechazo de la población argelina hacia el poder establecido y hay que buscar agentes políticos para sustituirlo. Esta es la diferencia sustancial entre un movimiento islamista, que representa el cambio sociológico experimentado en Argelia desde los años ochenta (los años del fracaso del modelo de estado de la independencia), con el que se identifica una nueva generación demográfica numerosa y joven, y un grupo islámico conservador de los valores tradicionales, pero sin capacidad de promover el relevo generacional.

Para el régimen está claro que Hamas no es una alternativa política, sino más bien una conciencia moral y cultural islámica (el peligro del FIS estaba en que implicaba un cambio de elite política en 1992), de ahí que obtuviese el 18 % de los diputados en las elecciones de junio de 1997 (el propio Nahnah había obtenido más votos como contrincante de Zerual).

El tercer polo de la escena política lo constituye el grupo de los firmantes de la Plataforma de Roma, con el Frente de Fuerzas Socialistas (FFS) y el FIS a la cabeza. El FFS cuenta con el gran caudal simbólico de su líder carismático Aït Ahmed; es un partido socialdemócrata bien insertado en la comunidad internacional (miembro de la Internacional Socialista). Su implantación social es muy desigual: su origen y parte de su base social es bereber (zonas de la Cabilia y Argel), por esta razón es rival del RCD de Saadi. Desde que el FFS se unió a la Plataforma de Roma se ha visto criticado por los sectores que no aprobaban la aceptación del FIS. Esto le ha costado incluso, con el benplácito del poder, disidencias internas, como la capitaneada por Said Khelil, que ha llegado a fundar un nuevo partido, el Movimiento por la Democracia y la Ciudadanía que quiere estar «distante del poder y de los islamistas», pero que en realidad lo que ha hecho es debilitar aún más a la oposición.

Naturalmente habría que añadir otros grupos menores de la Plataforma de

Roma, como el MDS del viejo Ben Bella y otros más, pero no merece la pena dada su escasa implantación.

El FIS nació en 1989 como fruto de la decisión de varios líderes de asociaciones religiosas de reagrupar sus fuerzas para desarrollar una acción colectiva dentro del marco legal y representar en Argelia al sector político islamista. Son mayoría los que quieren esto frente a los grupos radicales y revolucionarios. El movimiento se dotó de unas estructuras centralizadas para controlar las iniciativas locales radicales, y aunó el registro político (en sus formas de movilización) con el religioso (uso del juramento para establecer la fidelidad al grupo, protagonismo de la mezquita en la comunicación, uso del lenguaje religioso y una forma de vestir considerada musulmana).

Dentro del FIS se fueron configurando dos tendencias, que coincidían con los dos líderes del grupo, Abbasi Madani y Ali Benhadj, de edad avanzada, de personalidad y formación diferentes. Una, denominada salafista, representada sobre todo por Benhadj, que apelaba al universalismo musulmán, y sus seguidores, de formación religiosa tradicional bastante limitada, eran sobre todo eficaces en su predicación social. Este sector mostró que era más dado a la movilización de las corrientes populares por medio de un discurso radical que a adaptarse a la organización partidista. Junto a esta corriente estará la denominada Al-Djazara (argelinista), formada por los cuadros de formación moderna en el campo de la educación o de las ciencias. En esta corriente se ubicaba Abbasi Madani (doctor en Ciencias de la Educación por la Universidad de Londres) y Abdelqader Hachani (ingeniero). Es una tendencia defensora de un islam «argelino» y se caracterizó hasta 1992 por ser la vertiente organizadora y negociadora del FIS.

En la crisis de junio de 1991 Madani y Benhadj fueron encarcelados, y Hachani tomó el liderazgo de la organización y fue el director de la campaña electoral de diciembre de 1991, que dió un resonante triunfo al FIS. En los últimos años, desde su ilegalización, el movimiento parece haber madurado sus propuestas políticas, sobre todo desde que entró en la Plataforma de Roma, proponiendo el diálogo como camino político y el pluralismo. No obstante, ha tenido serias dificultades para hacer llegar sus mensajes moderados y desmentir la creencia occidental de que es un movimiento violento y radical.

Los problemas de la imagen del FIS en Occidente se basan en primer lugar, en una demonización mutua entre Occidente y los islamistas. No ha habido puentes intelectuales comunes, como los que existieron, por ejemplo, entre los

movimientos socialistas y nacionalistas del Tercer Mundo y la izquierda europea, por lo que los islamistas necesitan intermediarios (fuerzas políticas democráticas no islamistas) para hacer llegar a Occidente sus propuestas y explicar las causas del problema. Esta fue una de las virtualidades de la Plataforma de Roma.

Por otro lado, la estrategia de los militares, que controlan férreamente la información en materia de seguridad, ha estado dirigida a transmitir una realidad maniquea, ocultando la diversidad de protagonistas en el conflicto. Es cierto que existe una guerrilla radical y terrorista, el Grupo Islámico Armado (GIA) y el Movimiento por el Estado Islámico (MEI) (asesinatos de periodistas, mujeres, extranjeros, etc). Junto a esto, está el EIS (Ejército Islámico de Salvación), más vinculado al FIS, cuyos objetivos son los militares y los cuerpos de seguridad, pero que no podemos aceptar como «políticamente correctos».

Naturalmente que las autoridades tratan por todos los medios desacreditar al FIS, y para ello asimila al FIS a grupos menores, que no pertenecen al mismo. De ahí la importancia propagandística que se ha dado al GIA, que ha hecho nacer en Occidente la posible imagen de una Argelia gobernada por emires extremistas y, por contra, la imagen de un gobierno como el actual considerado como un «mal menor». Esta es una hipótesis plausible, visto el control y secretismo de las informaciones gubernamentales.

Pero el terror de Argelia también tiene otras hipótesis basadas en la confusión: el descontrol de las propias fuerzas de seguridad, que castigan a aldeas que ayudan a los otros terroristas; así mismo, provocan el despoblamiento de ciertas zonas campesinas para aprovecharse, ahora que se está privatizando la propiedad. Incluso se ha hablado de nuevos caminos del narcotráfico, etc. Pero como ha escrito Ben Jelloun lo que sucede en Argelia es cada vez más incomprensible, porque se trata de un horror y una barbarie que habría que unir a las de Camboya y Ruanda. Las carnicerías de inocentes, sobre todo de niños y mujeres no pertenecen a ninguna tradición ni árabe ni musulmana. No se sabe de donde proviene esta obsesión por degollar y ver correr la sangre: la sangre de bebés que duermen en sus cunas, la sangre de mujeres, madres, esposas o jóvenes solteras. Se ha pensado que eran sacrificios rituales, como pasa en algunas sectas. Nos hemos dicho que los locos de Dios hacen correr la sangre de inocentes esperando así obtener no se sabe qué recompensa en el más allá – y André Glucksmann se ha preguntado amargamente para qué sirve la religión—. Se ha

hablado de guerra civil, pero la comparación con otras guerras civiles no es apropiada: en Líbano, durante más de 15 años de guerra sólo dos mujeres fueron asesinadas. Por eso, junto con todas las hipótesis e interrogantes, hay que añadir la más inesperada, la más demente y, tal vez, la más plausible, en la que uno se mueve en el terreno de auténtica novela fantástica negra, donde Satán sustituye a Dios, en la que el Bien ha sido sustituido por el Mal.

Se trataría de jóvenes que se habrían enrolado en la lucha contra la corrupción, la podredumbre, la mentira, el robo, todo lo que levanta a una juventud que se siente traicionada por el poder y que ha encontrado en el discurso islamista razones suficientes para unirse a las filas de una oposición decidida a que triunfe el islam en Argelia. Pero estos jóvenes comprendieron un día que habían perdido la guerra. Dios no estaba con ellos. Dios ha dado ventaja a sus enemigos. ¿Qué hacer? ¿Deponer las armas y verse encarcelados o, en el mejor de los casos, parados y sin ninguna posibilidad de reinserción social? La única solución es continuar la guerra desesperada ¿Pero cómo? Atacando a los inocentes, a civiles sin armas, preferentemente cuando están dormidos. Cuanto más sumidos estén en la inocencia primera, más total será la carnicería. Algunos de estos jóvenes han abandonado a Dios o, para ser más exactos, han sido abandonados por Dios. Y, como han sido condenados por Dios, se vuelven contra él, y se vengan en criaturas absolutamente inofensivas e inocentes. Se han hecho llamar los «Ghadhiboune», es decir, los reprobados, los que han sido rechazados por Dios, condenados y malditos. Se afeitan el cráneo y las cejas, se cortan el índice derecho, el dedo que se levanta cuando se hace la profesión de fe musulmana, el dedo que se levanta al cielo para interpelar a Dios. Como han sido reprobados, no tienen nada que temer y la toman con las mujeres. Sabemos por un testimonio que una mujer fue violada por 70 hombres antes de ser descuartizada y tirada en los bosques. ¿Por qué las mujeres? Porque dan la vida y simbolizan lo prohibido. ¿Por qué los niños? Porque simbolizan el porvenir y los «reprobados» no tienen ninguno. Por eso matan, queman, cortan los senos de las jóvenes con un sable, se hunden en el horror y no escuchan ninguna súplica, porque ya no son de este mundo, están fuera, en el infierno, en el desierto donde no hay ni fe ni ley, en la fractura donde no subsiste nada humano o civilizado.

Esto es muy literario, pero no por ello incierto: las muertes, las matanzas, el horror y la desesperanza de las gentes de Argelia requiere de nosotros, al menos, una atención más objetiva, que no se limite al desprecio y la incomprensión,

porque si recordamos a Brecht, no estamos tan seguros de que lo de Argelia no va con nosotros y, entonces, cuando queramos reaccionar ya tengamos el horror instalado en nuestras ciudades, pueblos y campos. Pero ¡por favor! no por invasión sarracena, sino porque el horror de la sinrazón es el mismo entre musulmanes, cristianos, budistas y hasta ateos.

Bibliografía básica

- BALTA, P. (1991), *L'Islam dans le monde*, París.
- CARRÉ, O. (1993), *Le nationalisme arabe*, París.
- DJAÏT, H. (1990), *Europa y el Islam*, Madrid.
- GELLNER, E. (1986), *La sociedad musulmana*, México.
- HOURLANI, A. (1992), *Historia de los pueblos árabes*, Barcelona.
- KHADER, B. (1988), *El mundo árabe ante el año 2000*, Madrid.
- MARTÍN MUÑOZ, G. (1994), *Democracia y derechos humanos en el mundo árabe*, Madrid.
- MARTÍNEZ MONTAVEZ, P. (1997), *El reto del islam. La larga crisis del mundo árabe contemporáneo*, Madrid.
- SEGURA Y MAS, A. (1994), *El Magreb: del colonialismo al islamismo*, Barcelona.
- ZERAOUI, Z. (1981), *El mundo árabe. Imperialismo y nacionalismo*, México.